

Nos hubiera gustado, aunque quizás pidamos demasiado a esta obra, que el autor hubiese presentado, porque también pertenece a su biografía intelectual, los esfuerzos de Mannig en el campo de la enseñanza, presente aunque no del todo suficiente, y en sus relaciones con los alcohólicos, el mundo obrero inglés e irlandés que tanto sintieron su muerte y que devotamente le acompañaron hasta el Kensal Green Cemetery de Londres en el invierno de 1892.—ALFREDO VERDOY, S.J.

*Sinica Franciscana. Volumen XI. Misioneros Franciscanos Españoles en China. Siglos XVIII-XIX (1722-1813). Relationes et Epistulas collegit et ad fidem manuscriptorum redegit et adnotavit P. Antolín Abad Pérez, OFM. Editionem autem praesentem curaverunt et emendaverunt PP. Marianus Acebal, OFM, Petrus Gil Muñoz, OFM, nunc demum ad prelum curavit P. Raphael Sanz, OFM (Editiones Collegi S. Bonaventurae, Grottaferrata, Romae, 2006), XLVIII+1.590p., ISBN: 88-7013-273-0.*

En 1929 comenzó la publicación de *Sinica Franciscana*, cuyos primeros volúmenes fueron editados por el P. Fortunato Margiotti. Desde entonces se han ido publicando en esta colección las cartas y relaciones de los misioneros franciscanos españoles de la Provincia de San Gregorio de Filipinas, que se encargaron de la misión de China desde 1694. El P. Antolín Abad, que había preparado con el P. Gaspar Han los volúmenes IX y X, publica ahora la edición del volumen XI, en dos tomos, que contienen los documentos de la etapa final de aquella misión, hasta su extinción a principios del siglo XIX. Obras como éstas tienen un mérito excepcional, pues la publicación de fuentes tan singulares nos facilita el conocimiento directo de la historia de las misiones en China y de las relaciones de los europeos, en general, con aquel gran Imperio.

La obra comienza con un prólogo sustancioso del P. Abad, que nos recuerda tres hechos que crearon dificultades a la evangelización de China desde el segundo cuarto del siglo XVIII: la controversia de los ritos chinos, que culminó con la prohibición definitiva por Benedicto XIV en la constitución *Ex quo singulari* de 1742; las expulsiones de la Compañía de Jesús, seguidas de la supresión de la misma en 1773, que desorganizó al grupo de jesuitas que desde la corte de Pekín procuraban favorecer al cristianismo o paliar las persecuciones; y la revolución francesa que, al igual que las revoluciones liberales que la siguieron, cortó la afluencia de misioneros europeos.

Las misiones chinas habían tenido un momento esperanzador en el primer cuarto del siglo XVIII, bajo el gran Emperador K'ang-hsi, pero la prohibición pontificia de los ritos poco antes de su muerte dio lugar a un cambio de actitud por parte de su sucesor. A partir de entonces comienza una larga etapa de persecuciones con sus altibajos y sus secuelas de expropiaciones y expulsiones. Las cartas y relatos de los misioneros recogen estas vicisitudes y reflejan perfectamente el descenso progresivo de misioneros y de cristianos. El mismo P. Abad explica en la introducción las dificulta-

des que irán encontrando los sucesivos grupos de misioneros. La persecución arrecia en los años 1734, 1746, 1754 y 1784-1785, pero el tono constante era un ambiente de hostilidad e inseguridad que fue desgastando a la Iglesia de China en un martirio prolongado.

La obra se divide en 24 apartados, correspondientes a otros tantos misioneros franciscanos, de los que se ofrece una detallada y bien documentada biografía, seguida de la transcripción de las cartas y relaciones de cada uno de ellos. Son en total 419 cartas o relaciones, más ocho estadísticas de bautizados y cuentas. Hay cuatro misioneros que escriben más de la mitad de las cartas (José Sensio con 81, Manuel del Santísimo Sacramento con 62, Francisco de los Santos con 47 y Bernardo de los Santos con 40). La correspondencia suele ir dirigida al provincial franciscano de Filipinas o al comisario de la Misión.

El contenido de las cartas es variadísimo. El cuadro de China es de un verismo impresionante. Ciudades amuralladas y pequeñas aldeas; caminos por llanuras o montañas; lluvias torrenciales, tifones, inundaciones, hambrunas y desastres naturales como el terremoto de Pekín de 1730, «habiendo muerto en aquella Babilonia un millón de personas, a lo que dicen» (p.317). La sociedad china, rematada por un Emperador tan omnipotente como inasequible, aparece como un mundo desigual, en el que abunda la pobreza, la superstición y el autoritarismo, bajo el gobierno de mandarines arbitrarios, con soldados, bonzos, comerciantes, campesinos, muchos mendigos y riesgo constante de ladrones y bandoleros. La aplicación de los decretos imperiales contra el cristianismo era desigual, según las provincias, los tiempos y el criterio de las autoridades locales.

Las comunidades cristianas aparecen dispersas en pequeñas aldeas, donde grupos de familias mantienen su fe a pesar de la falta de misioneros. Había grupos que llevaban años sin recibir la visita del sacerdote. En una aldea de montaña se reunieron multitud de hombres y mujeres en la casa de un cristiano. El misionero les preguntó si eran cristianos: «y respondieron que sí, pero que sólo les faltaba recibir el santo Bautismo; que hacía más de doce años que rezaban y algunos guardaban los ayunos, etc.» (p.397). Los misioneros recorrían las cristiandades de sus inmensos distritos o provincias, viajando de pueblo en pueblo para confesar, bautizar y celebrar la eucaristía de modo discreto, acompañados de «predicantes» indígenas, repartiendo a veces medicinas, recogiendo niños huérfanos, estableciendo incluso cofradías de Nuestra Señora de los Ángeles y de San Francisco, como hacía el P. Juan de Villena, o convocando el jubileo de la Porciúncula al que acudían desde 50 leguas de distancia.

Uno de los relatos más expresivos es el del P. Antonio de Almadén, que recorría su distrito con un jumentillo, o con un carrete de una rueda, hasta que fue encarcelado en 1739 con otros cristianos. Estuvo tres meses en prisión padeciendo burlas, golpes y desprecios, con hierros en las manos, los pies y el pescuezo. Tenía los pies podridos por los grillos y así le llevaron a Pekín ante el tribunal del crimen, que acabó expulsándolo a Cantón (p.423-449). Con parecida o mayor crueldad fue tratado el P. Bernardo de los Santos en la prisión y destierro que sufrió en 1759 (p.1010 y 1028-1032). Acaso no tan cruel, pero más sistemática, fue la persecución de 1785, en la que no faltaron cristianos apóstatas. De esta persecución se ofrece la relación latina del P. Descouvières (p.1445-1461). Los últimos misioneros franciscanos, el P. Manuel del Santísimo Sacramento y el P. Francisco de Gascuña fueron entonces juzgados

en Pekín con otros europeos, pero el primero todavía volvió a China de 1789 a 1805 (p.1161-1182) y el segundo murió en Filipinas en 1831. La protesta que allí elevó contra la obligación de explicar en el púlpito la Constitución de Cádiz se refiere al decreto de 25 de abril de 1820 sobre este asunto (p.1469-1470).

No faltan relatos pintorescos y anécdotas sabrosas. El P. Diego de San José (p.891-908) cuenta la historia de una joven aspirante a bonza, que quemó los ídolos y las tablillas de los difuntos al leer los libros cristianos (p.944), y el P. José de Madrid relata, no sin humor, el largo viaje de Cantón a Pekín disfrazado de mandarín en 1766, mientras era tratado como tal, con pólvora y agasajos por donde pasaba, aunque al llegar a Pekín estuvo expuesto a pagar cara su osadía (p.963-976).

El deterioro progresivo de las misiones contrasta con la fe y entusiasmo de los misioneros que recorren a escondidas las cristiandades, apuntando la lista de los pueblos donde había cristianos y los bautismos que celebraban. Pero a finales del siglo apenas quedaban supervivientes de aquellos hombres intrépidos. La retirada de China se compensó con el incremento de la evangelización en Filipinas, mientras se demostraba la necesidad de hacer sacerdotes nativos.

Abundan las noticias de Cantón y Macao, puertas de entrada y últimos refugios de los misioneros, donde los franciscanos tenían servicio de botica e internado para niñas pobres. En las cartas hay noticias abundantes de Filipinas, de donde procedían los misioneros, llegados de España vía México, y de las misiones de Cochinchina, donde no faltaron persecuciones. Hay también noticias de navegaciones y compañías comerciales europeas, ataques de piratas, embajadas de Portugal, órdenes del rey de España y de la Santa sede, y misioneros de otras órdenes religiosas. Resultan de especial interés las alusiones a los jesuitas, que fueron expulsados de los dos colegios de Macao en 1762 y deportados a Goa (p.772-773). Su expulsión aumentó las suspicacias de los chinos contra los europeos en general y perjudicó a todos los misioneros, que quedaron sin intermediarios en la corte de Pekín (p.778). El índice de nombres y temático ayuda a manejar el rico caudal informativo de la obra. El P. Antolín Abad merece los mayores elogios por esta admirable obra, que completa toda una vida dedicada, con sabiduría y paciencia, a la investigación histórica en servicio de la Iglesia y de la Orden Franciscana.—MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ, S.J.

MARTÍN DE SANTA OLALLA, PABLO, *Javier Osés. Un obispo en tiempos de cambio* (Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca 2007), 354p., ISBN: 978-84-8127-191-1.

Es un lugar común entre los especialistas en la materia resaltar la difícil inserción de la historia de la Iglesia en el quehacer historiográfico profesional español. Tomando como principal modelo las tradiciones historiográficas francesa e italiana, Feliciano Montero, uno de los expertos más reputados en este terreno, insiste en el cúmulo de trabas que dificultan el urgente y necesario paso desde una historia eclesiástica patrimonializada por estudiosos vinculados afectivamente a la institución a una historia de la Iglesia plenamente inserta, desde el punto de vista teórico y metodológico, en la historiografía «civil».